



Universidad de Costa Rica
Vicerrectoría de Docencia
Escuela de Filología, Lingüística y Literatura

VII Congreso
Costarricense de
Filología,
Lingüística y Literatura

Dr. Jack Wilson Kilburn

Jorge Chen Sham, Editor

Ciudad Universitaria "Rodrigo Facio",
22, 23 y 24 de octubre de 1997

**Escuela de Filología, Lingüística y Literatura
Universidad de Costa Rica**

Editor:

Jorge Chen Sham

Asistente:

Jackeline Murillo Fernández

Consejo editorial:

Carla Jara Murillo

Ma. Salvadora Ortiz Ortiz

Victor Sánchez Corrales

Peggy Von Mayer Chavés

© Oficina de Publicaciones
Universidad de Costa Rica
San José, Costa Rica, 2000

410.06
C749s

Congreso Costarricense de Filología, Lingüística y Literatura
Dr. Jack Wilson Kilburn (7 : 1997 : Universidad de
Costa Rica)

VII Congreso Costarricense de Filología, Lingüística y
Literatura Dr. Jack Wilson Kilburn 22, 23 y 24 de octubre de
1997 / Jorge Chen Sham, editor. - San José, C.R. : Oficina de
Publicaciones, Universidad de Costa Rica, 2000.
506 p. : il., mapas.

A la cabeza de la port. : Universidad de Costa Rica,
Vicerrectoría de Docencia, Escuela de Filología, Lingüística y
Literatura.

ISBN: 9977-15-090-7

1. FILOLOGÍA - CONGRESOS. 2. LINGÜÍSTICA - CON-
GRESOS. 3. LITERATURA - CONGRESOS. I Chen Sham,
Jorge, ed. II Título.

CIP/872
CC/SIBDLUCR

POESÍA, MERCADO Y PEDAGOGÍA

Carlos Francisco Monge
Universidad Nacional

Mas ¿quién podrá de este hábito librarse?
Garcilaso de la Vega

Ya bien entrada la lectura de la novela *Del amor y otros demonios*, de García Márquez, nos topamos con el siguiente pasaje: «El marqués se demoró en el recuento de otras mentiras de su hija, no con disgusto sino con cierto orgullo de padre. "Quizás vaya a ser poeta", dijo. Abrenuncio no admitió que la mentira fuera una condición de las artes. "Cuanto más transparente es la escritura más se ve la poesía", dijo». Sé que su germen está en Platón, pero para entendernos, me parece que la idea de que el poeta miente es el resultado de un prejuicio cuyo origen está en el pensamiento racionalista moderno: lo que inventan, imaginan, dicen y sostienen los poetas no es otra cosa que una transgresión a la búsqueda efectiva de la verdad, y poco menos que una burla a la mentalidad físico-matemática que tan buenos resultados ha surtido en las civilizaciones. No hallando otra cosa que decir, la respuesta de Abrenuncio a aquel habitual prejuicio es una defensa de la poesía, que siempre ha estado allí; solo que a veces la ocultan las palabras de más, las afectaciones conceptuales, la oscuridad y los galimatías inciertos. Con todo esto, quiero decirles que el tema de estas páginas que siguen no es la relación entre esos tres conceptos que enuncia el título, sino las consecuencias de sus desencuentros y complicidades.

Historias de la melancolía

Todos hemos escuchado en alguna ocasión las quejas de ciertos poetas, según los cuales el mundo los ha estigmatizado como una escoria social. La idea del bohemio y paria no ha dejado de resultar atractiva e interesante; total, representa una conciencia de la contracultura, y el resabio de tiempos ya idos, cuando los privilegios de los vates eran tales que se les tenía por sacerdotes, adivinos y hasta mensajeros de los dioses¹. Personalmente, no tengo por qué dudar de la sinceridad de esos sentimientos de amargura; lo que me da qué pensar es que no veo razón alguna para reclamar en nuestros tiempos una zona de especial privilegio, social, político o económico, cuando lo que está en juego no es tanto la condición personal del artista como los resultados concretos de su genio creador; pero sí me sobrecoge esa mezcla de temor y desencanto de los jóvenes que apenas empiezan a hacerse a las armas de las letras. ¿Quién lee sus poemas?; ¿cómo saber si su talento tiene algún mérito?; ¿qué espacio existe para la socialización de sus creaciones? En nuestros días, las cosas son muy distintas a aquellos años de gloria de los poetas cortesanos y predilectos: no tanto por el hecho de que en sociedades como la nuestra su figura resulta poco menos que decorativa, como porque no ha conseguido insertarse de manera eficiente y palmaria en el mercado; y solo de una manera sesgada y periclitada en la industria del espectáculo.

Con diferencias apenas notables, todos los que estamos aquí hemos vivido una especie de experiencia doméstica con la poesía del siguiente modo: si estamos ante algún poema que ha despertado nuestro interés y sensibilidad, las primeras frustraciones aparecen si queremos saber más de aquel poeta, y buscamos sus obras en las librerías más surtidas. Al dar con los anaqueles destinados a la poesía, los hallamos en una apartada orilla, junto a las revistas del corazón, los métodos para adelgazar, los recetarios de cocina, y los folletos de astrología para aficionados. Con desalentadora frecuencia, el nombre de nuestro poeta no figura ni en las estanterías en la modesta memoria de los libreros (y aquí hablo de San José de Costa Rica, por supuesto).

Hallaremos, sí, los nombres archisabidos de Bécquer, Darío, Machado, Juan Ramón, Neruda, quizá García Lorca y alguien más; y si de antologías se trata, no faltará quien nos ofrezca, como gran cosa, el *Libro de oro del declamador*. En las aulas, y ante el alumnado, también hemos palpado el tedio, cuando no la franca aversión, al anunciar como tema de clase algún tópico sobre la poesía: no encontramos la disposición anímica habitual, percibimos cierto desencanto, que no siempre tiene que ver con la poesía misma, sino con los modelos de trabajo de comentario de textos; y es cuando nosotros, en el papel de docentes, tenemos que valernos de cien malabares pedagógicos para conseguir la atención y el interés. Y si examinamos los programas de literatura del sistema educativo costarricense, observamos un enfoque más informativo que formativo, saturado de viejas nomenclaturas y ostensibles dificultades, tanto en lo pedagógico como en lo conceptual, que lejos de motivar a nuestros presentes y futuros lectores de poesía, los alejan de ella como de la peste. Una y otra vez se presume que los poemas no son otra cosa que un conglomerado de curiosas estrategias retóricas, que los bisoños estudiantes han de adivinar, suponer o descifrar; operación no muy diferente, como se ve, a la de resolver un crucigrama. Así, la rima, la sinalefa, la prosopopeya, las metáforas o las hipérboles se convierten en el fin último del comentario de textos.

Competencia y competitividad

A diferencia de otros géneros literarios —como la novela y el teatro— la poesía no es un artículo de consumo popular. Algunas novelas costarricenses, de mérito indudable, han encontrado acogida gracias a una inteligente labor de mercado de sus casas editoriales, que ha incluido su oportuna inserción entre unos lectores abundantes y seguros: los estudiantes de nuestra educación media y preuniversitaria. En cuanto al teatro, está claro que la evolución reciente de alguna dramaturgia costarricense tiene mucho que ver con el casi infalible anzuelo de la comedia ligera, de llamativos y traviosos títulos, y con una orientación —y utilizo los términos del gremio— francamente comercial. Los libros de poemas son harina de otro costal: en primer lugar, porque en Costa Rica el hecho de que una empresa editorial acepte publicarlos no constituye necesariamente una puerta de salida, sino apenas un inicial escollo superado; en segundo lugar, porque el mercado librero no se inmuta ante la novedad de un tomo de poemas; y en tercer lugar, porque las relaciones entre la literatura y el «éxito» muy poco tienen que ver con una impostación verbal que por lo regular quiere darse por diferente, paradójica y aparte.

Dejando a un lado los textos universitarios, los manuales y los instructivos, los libros de más éxito son los denominados de actualidad o de oportunidad, como las biografías de ciertas celebridades, los métodos para el mejoramiento de la personalidad (de los del tipo *Cómo ganar amigos*, o ciertos tratados terapéuticos afines), y obras que durante algunas semanas o meses consiguen ganar cierta actualidad (últimamente abundan libros sobre los ángeles, por ejemplo). En cuanto a la literatura, no dejan de aparecer —acicateadas por la poderosa red de la mercadotecnia— las llamadas novelas de éxito, apoyadas en nombres de prestigio. He visto, por el contrario, a editores y libreros hacerles mala cara a los libros de poesía: no se venden, no atraen, no interesan. Y debo indicarles que aún aquellos autores de probada aceptación como Pablo Neruda, Octavio Paz o Ernesto Cardenal —para solo citar a aquellos que gozan en nuestro medio de cierta popularidad— no son tan fiables en términos de la actividad editorial; mientras las novelas de Torrente Ballester, Cela, Vázquez Montalbán, Carlos Fuentes, Isabel Allende o García Márquez superan, por edición, los 60.000 ejemplares, cada libro de poesía de Paz apenas llega en su primera edición a 5000 ejemplares. En Costa Rica, rara vez las ediciones de poesía superan los 500 ejemplares.

Hace ya veinte años cuatro amigos publicamos casi un centenar de páginas, con el título de *Manifiesto trascendentalista*. Entre otras cosas, sosteníamos que la gran diferencia entre la poesía y la novela radicaba en que mientras ésta procura abarcar la totalidad objetiva del mundo, la poesía busca dar con una vivencia más profunda, desde cierta forma de conocimiento subjetivo (que llamábamos *intuición trascendental*). Aquello que decíamos era una crítica al pragmatismo que reinaba, sobre todo entre los analistas de literatura. En este momento no puedo ahondar en cuánto había de razón en tales escarceos; pero siguen pareciéndome correctos nuestros reclamos a quienes cedían a las modas y las oportunidades del mercado, fenómeno que sigue siendo frecuente entre novelistas y dramaturgos peninsulares e hispanoamericanos. Las novelas de hoy tienen asegurado su éxito —que suele implicar un jugoso triunfo financiero— en las grandes y repetidas tiradas, y en su conversión al cine. No digo que eso esté mal; quiero más bien indicar que no parece ser ese el destino de la poesía como fenómeno cultural, aunque lex pese a los poetas, que habitualmente están cortos de dinero.

¿Significa todo esto que la poesía está condenada al fracaso y a su desaparición? No, si tenemos en cuenta que ha sobrevivido a más de cinco mil años de historia, y la especie humana sigue imaginando, cantando,

y fabricando maneras de comunicarse con la realidad. ¿Dónde habita, pues, la poesía? Empecemos por admitir que, aun después de la invención de la imprenta, no siempre la poesía ha estado alojada en el formato de un libro. Desde la aparición de la radio, los fonógrafos y las cintas magnetofónicas, perfeccionadas hoy con la tecnología del láser, nadie puede decir que el canto está en trance de desaparecer; en todo caso, lo que podría evaporarse es la idea del poema como texto impreso destinado a la lectura silenciosa. Solo la radio, por ejemplo, ha permitido la difusión y auténtica popularización de millares de canciones, muchas de ellas de indudable belleza y calidad; desde el simple canturreo en la bañera hasta los multitudinarios conciertos al aire libre contemporáneos, la poesía como celebración y fiesta de la imaginación sigue vigente, y su tradición y transmisión lejos de haber aminorado, se ha fortalecido; y no hay señal alguna de que esto vaya a cambiar. De creciente interés, por ejemplo, es la modalidad del denominado *videoclip*, en el que interactúan la música, el canto, la danza y muchas otras imágenes evocadoras.

Si bien boyante, la actual industria del libro ha dañado, paradójicamente, la difusión de la poesía escrita. Entre una montaña de tomos de la más diversa índole, apenas es dable encontrar unos cuantos libros de poesía; y si de publicidad se trata, ¿qué duda les cabe a los editores y libreros en darles prioridad a los temas de actualidad y a los artículos de consumo inmediato y seguro? El fenómeno del éxito editorial, además, ha creado unos gustos entre los consumidores, y unas formas sociales de actuar entre los mismos escritores. Ya es frecuente cierto tipo de intelectuales que adoptan, afanados y gustosos, el papel de *superestrellas*. La máquina publicitaria les crea una imagen, y algunos viven de ella como su única fuente de oxígeno. Parecen acercarse los días en que se fijarán unas relaciones entre el reconocimiento literario de quien escribe y el número de ejemplares que consigue vender. Desde luego, esta cultura del éxito es una creación del mercado, como lo son los megapremios editoriales, las condecoraciones y, en no pocos casos, el acceso al poder cultural y político, o cuando menos su aspiración a él.

Salvo escasos ejemplos, y siempre en abierta desproporción con los novelistas y los autores de libros de oportunidad, los poetas no suelen alcanzar ese status social. Entre los lectores habituales la poesía no está asociada ni a las ventas masivas ni a la parafernalia del éxito editorial; más bien, los poemas se leen como una ceremonia de identificación. Ellos nos dicen lo que nosotros queremos o añoramos; el ritual de su lectura (o su audición) poco tiene que ver con el embrujo que despierta el arte del relator, y sí mucho con la complicidad entre una imagen intuitiva del mundo y el asentimiento que ejercemos en su lectura. Y esto no es pura entelequia: del hecho teatral o de los relatos solemos compartir, disfrutar o rechazar ese mundo propuesto; con el poema no hay más remedio que formar parte de esa voz que nos habla, y vivir su experiencia, cuando menos como acto semiótico. Como lectores de ciertas narraciones, es fácil imaginar alternativas a este suceso, a ese personaje o a aquella situación —pienso en el capítulo final del Quijote—; pero siquiera como gesto de lectura, sería un despropósito gemir ante el soneto «A una nariz», de Quevedo, o soltar una sabrosa carcajada con los versos vallejianos de «Masa». He aquí el detalle: con la poesía se comparte; con la novela se departe, y quizá sea ésta, entre muchas otras, una explicación a las preferencias de la actual industria editorial de literatura. Y los libreros, con olfato empresarial, también a su modo lo entienden.

Las penumbras de la catequesis

Es cierto que para los profesores de lengua y literatura la poesía no es un pasatiempo, pero a la vez no deja de inquietar la generalización de ciertos hábitos pedagógicos que han terminado por convertirla en una pieza de museo, o en un fetiche lingüístico. Si entre editores y libreros no es más que un artículo de consumo, en manos de muchos maestros no pasa de ser un artilugio cuyos secretos mecanismos son apenas descifrables. Entre otras más complejas, una de las causas por las que el alumnado no siente verdadera simpatía por el comentario de textos poéticos la veo en el prurito de mostrar el poema como la acumulación indiscriminada de figuras, tropos y licencias. En esta materia la situación no dista mucho del ostracismo de mercado al que ya me he referido. La suma de informaciones, que no siempre resultan pertinentes en lo pedagógico, ha llegado a suplantar el estímulo a la lectura y a la comprensión integradora de los sentidos que engendra el poema. Son habituales en nuestro sistema de enseñanza los comentarios de texto que apuran unas cuantas observaciones a la organización lingüística del poema, y vagas referencias a los contenidos, que por lo regular no hacen más que atenerse a las exigencias de un temario oficial. Así, la imaginación creadora del estudiante queda para otro día.

Pese a que la poesía sigue viviendo, con desigual fortuna, en los discos compactos y en cualquier cafetín urbano, tanto en las aulas de enseñanza media como en la actividad cotidiana persiste la idea de que el poeta es un coplero, un recitador, un componedor de estrofas, y un triste soñador. Los resultados de todo esto han sido unas formas de trivialización de la poesía, que en mi personal experiencia resultan al mismo tiem-

po divertidas y conmovedoras. En ciertas circunstancias (en reuniones sociales, homenajes, o simplemente en una fiesta de amigos) ha ocurrido que en cuanto se enteran de que hay un poeta entre el grupo, y pasada la extrañeza inicial, los demás quieren mostrar sus dotes o sus conocimientos: unos se lanzan teatralmente a declamar versos floridos y amorosos; otros nos confiesan que han conseguido todo en la vida, excepto el don de hablar con refinamiento; y a algunos osados les da por improvisar con una ejemplar torpeza frases sueltas, pero eso sí, que riman.

¿Qué ha ocurrido entonces? Para una mayoría nada despreciable, la poesía ha quedado asociada por lo menos a cuatro ideas: es un acto de versificación y rítmica sonoridad; tiene que ver con las desdichas y las melancolías amorosas; se debe entonar con solemnidad y afectación; y, por último, mueve a una conciencia de la belleza y la perfección (lo que explica expresiones como «ese gol ha sido un verdadero poema», o «esa propuesta puede ser muy poética, pero no resuelve las cosas»). Y bien mirada, esta trivialización tiene notables puntos de encuentro con el temario y los objetivos generales de los planes de estudio de Español. Esta ideología es la consecuencia de un *desencanto de la imaginación*, y si queremos ir más lejos, de su escamoteo. El instrumentalismo es, hoy día, una de las formas premodinantes de valorar la realidad, al punto de que un medio de conocimiento se convierte en un fin; y toda posibilidad de interpretar en forma creativa, la cultura, es tomada como una quimera, una gandería o una futilidad. Aunque expresen otra cosa los documentos oficiales y los mensajes ministeriales, el sistema educativo costarricense tiende a uniformar el pensamiento y la conciencia; la democratización del conocimiento se ha convertido con los años en la dogmatización de la inteligencia, y esto se observa con palmaria claridad en las evaluaciones anuales colegiadas que debe cumplir el alumnado de noveno y undécimo años. Según esa mentalidad, la palabra es solo un instrumento de intercambio, y no una facultad para la imaginación creadora; y quizá sea por ello que a los estudiantes de hoy se les entrena en la informática del orden, y no en el placer de la inventiva.

NOTAS

1. Apenas es necesario recordar aquí que *vate* significa en latín 'adivino, profeta, inspirado por una divinidad'.
2. En la actualidad, por ejemplo, el afamado premio español Planeta, para novela, está dotado con 50 millones de pesetas (unos US\$330.000; es decir €80 millones hoy día), más las regalías por derechos de edición. Que quede para la historia: en 1997, con esa suma se pueden construir en Costa Rica entre diez y quince viviendas, de 80 m², para clase media.

